

*Cuadernos de
Pensamiento*



Cuadernos de Pensamiento

ISSN: 2660-6070

fuesp@fuesp.com

Fundación Universitaria Española
España

DE ANCOS, BEATRIZ
EL MAR EN PABLO NERUDA
Cuadernos de Pensamiento, núm. 19, 2007, pp. 491-514
Fundación Universitaria Española

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=693773244015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL MAR EN PABLO NERUDA

Por BEATRIZ DE ANCOS
Doctora en Filología Hispánica

Necesito del mar porque me enseña
Pablo Neruda

PABLO NERUDA

La poesía de Pablo Neruda ha sido siempre una confesión autobiográfica de un hombre singular, un hombre complejo y lleno de contrastes, como se definió el poeta chileno a sí mismo en uno de sus poemas: «de un hombre claro y confundido, // de un hombre lluvioso y alegre, // enérgico y otoñabundo».¹ Es innegable que su obra literaria contiene, además, un mensaje profundo para el mundo contemporáneo y en ella el ser humano es preocupación central: «porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas/ y hay que caer en él como en un pozo, para salir del fondo/ con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas».²

Este gigante de la poesía hispanoamericana contemporánea fue poeta desde niño; ya con seis años escribía poemas suyos o ajenos en su cuaderno de aritmética. «Llegó la poesía a buscarme. No sé, no sé de dónde / salió, de invierno o río».³

Aunque más conocido por sus versos de amor (¿quién no ha leído los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*?) Neruda no sólo merece ser recordado por su poesía amorosa, sino también como poeta

¹ En «Testamento de otoño» de *Estravagario* en *Antología poética* (2). Madrid, 1988, editorial Alianza, p.369.

² En *Canto General*, II. «Alturas de Macchu Picchu», XI.

³ «La poesía» en *Memorial de Isla Negra*. Madrid, 2004, Mondadori, edición de Hernán Loyola.

cronista de su época y de la historia —«Yo estoy aquí para contar la historia» confesará en los versos iniciales de su *Canto general* (1950)—, y también como el poeta del mar. En efecto, toda su producción literaria, desde el inicio hasta sus últimos libros de versos, está salpicada de composiciones dedicadas a las aguas marinas. En estas líneas sólo vamos a detenernos en un comentario —como pequeño homenaje al poeta— de uno de los más bellos cantos dedicado al mar incluidos en *Canto general*: «El gran océano», con el fin de estimular a la lectura del poeta chileno desde otro ángulo diverso al comúnmente conocido.

La pregunta previa, una vez elegido el tema, es ¿qué mares había visto Pablo Neruda hasta el momento de escribir este «Canto»? ¿Qué imágenes guardaba en su mente y pasaba por su corazón de poeta al recordar y cantar al mar en sus versos? En el libro autobiográfico *Memorial de Isla Negra*, hay un poema titulado «El primer mar» donde recoge sus primeras impresiones:

*Descubrí el mar. Salía de Carahue
El cautín a su desembocadura
Y en los barcos de rueda comenzaron
Los sueños y la vida a detenerme,
A dejar u pregunta en mis pestañas.
[...]*Y cuando el mar de entonces
Se desplomó como una torre herida,
Se incorporó encrespado de su furia,
Salí de las raíces,
Se me agrandó la patria,
Se rompió la unidad de la madera:
La cárcel de los bosques
Abrió una puerta verde
Por donde entró la ola con su trueno
Y se extendió mi vida
Con un golpe de mar, en el espacio.*⁴*

En 1927 Pablo Neruda parte nada menos que para Birmania como cónsul de Chile; después residirá en Ceilán (1928) y Java. Allí por 166 dólares realiza sus simbólicas tareas de cónsul, perdido en remotas regio-

⁴ «El primer mar» en *Memorial de Isla Negra* en «I. Donde nace la lluvia», *op. cit.*

nes de «solitaria residencia». Por tanto, además de su océano Pacífico natal contemplado ya en los primeros años de existencia, los ojos del joven poeta se abren al océano Atlántico, al mar Mediterráneo, al mar Tirreno, al océano Índico, a los mares de Indochina y al mar Báltico mucho tiempo después. «El primer mar» que contempló le abrió las puertas al mundo:

*Cuando salí a los mares fui infinito.
Era más joven yo que el mundo entero.
Y en la costa salía a recibirme
El extenso sabor del universo.
Yo no sabía que existía el mundo.⁵*

Desde muy pronto fueron compañeros en los azares de la vida. Con palabras de Alain Sicard ⁶ «a imagen de Chile, ofrecido por entero a la influencia oceánica, baña el mar desde siempre la vida y obra de Pablo Neruda».

Isla Negra e isla de Capri serán para Neruda otros tantos balcones para prolongar su contemplación del océano infinito, «que más que mirarlo yo desde mi ventana me mira él con mil ojos de espuma» (en *Confieso que he vivido*).

Estas diversas «visiones oceánicas» a las que hemos aludido se acumularon en su interior y hacia la mitad de la vida brotaron de forma poética en su canto al Océano incluido en su famoso *Canto General*. Trataremos de analizarlo tomando como perspectiva singular dos apuntes del propio Neruda sobre el ser del poeta y la poesía.

El río y el hijo de la luna

Antes de seguir con el tema que nos ocupa, seleccionamos dos imágenes del propio escritor acerca de su concepción de la poesía y de la vocación de poeta. Son dos imágenes en aparente contradicción, pero que en el fondo se complementan formando una unidad, otorgando una amplitud de miras al lector para justificar el «Canto oceánico» objeto de comentario.

Veamos, primero, cuál es su definición de poesía escrita a raíz de una de sus excursiones por sur de Chile:

⁵ «Primeros viajes» en *Memorial de Isla negra*, op.cit.

⁶ Alain Sicard, *El pensamiento poético de Pablo Neruda*, Madrid, 1981, ed. Gredos. p.457.

«Andando hace muchos años por el lago Ranco hacia dentro me pareció encontrar la fuente de la patria o la cuna silvestre de la poesía, atacada y defendida por toda la naturaleza.[...]»

Era inminente un nacimiento y lo que nacía era un río. No sé cómo se llama, pero sus primeras aguas, vírgenes y oscuras, eran casi invisibles, débiles y calladas, buscando una salida entre los grandes troncos muertos y las piedras colosales.

Mil años de hojas caídas en su frente, todo el pasado quería detenerlo, pero sólo embalsamaba su camino. El joven río destruía las viejas hojas muertas y se impregnaba de frescura nutricia que iría repartiendo en su camino.

Yo pensé: es así como nace la poesía. Viene de alturas invisibles, es secreta y oscura en sus orígenes, solitaria y fragante, y, como el río, disolverá cuanto caiga en su corriente, buscará ruta entre los montes y sacudirá su canto cristalino en las praderas.

Regará los campos y dará pan al hambriento. Caminará entre las espigas. Siciarán en ella sus sed los caminantes y cantará cuando luchan o descansan los hombres.

Y los unirá entonces y entre ellos pasará fundando pueblos. Cortará los valles llevando a las raíces la multiplicación de la vida.

Canto y fecundación es la poesía.

Deja su entraña secreta y corre fecundando y cantando. Enciende la energía con su movimiento acrecentado, trabaja haciendo harina, curtiendo el cuero, cortando la madera, dando luz a las ciudades. Es útil y amanece con banderas en sus márgenes. Las fiestas se celebran junto al agua que canta».⁷

La poesía es, pues, para Neruda un canto útil, al servicio del pueblo, que lucha por la intercomunicación y la amistad. Poesía-herramienta, poesía que cobra un sentido en sociedad. Así concibe cuál es la responsabilidad del poeta. Su poesía debe hacerse universal, ser ágil para alcanzar todos los rincones, desde lo sublime a lo cotidiano. Años después podrá decir al inicio de su discurso para la recepción del Premio Nobel (1971) aquello de que «la poesía no habrá cantado en vano».

Sin embargo, este sujeto poético que canta para el pueblo y con el pueblo evoluciona hasta considerarse, en su último ciclo poético (1968-1973), un ser extraño, un «hijo de la luna». Así lo expresa en su libro *Las manos del día* (1968), un momento de cuestión de su existencia y su que-

⁷ En «Bien vale haber nacido si el amor nos acompaña» recogido en el libro *Para nacer he nacido* (1978), en *Pablo Neruda. Por las costas del mundo*, Chile, 1999, editorial Andrés Bello.p.265-266.

hacer en la hora del balance final, en un marco extra-textual de enfermedad y posible vecindad de la muerte. El poeta se apercibe de que no pertenece a la categoría de «hombre común» por la tarea que le ocupa.

Y porque anduve tanto sin quebrar
Los minerales ni cortar madera
Siento que no me pertenece el mundo:
Que es de los que clavaron y cortaron
Y levantaron estos edificios,
Porque si la argamasa, que nació,
Y duró sosteniendo los designios,
La hicieron otras manos,
Sucias de barro y sangre,
Yo no tengo derecho a proclamar
*Mi existencia: fui un hijo de la luna.*⁸

Siente su alma «como si estuviera hecha de luna». ⁹ Su «trabajo poético» le distancia del trabajo humano en general, del trabajo del obrero, porque no es productivo y —manteniendo una concepción materialista del mundo y del trabajo— le hace sentirse inútil, navegando sin rumbo por los mares de esta vida, excluido del quehacer común, marginado en la sombra de la existencia humana. Su balance es desolador:

Todos hicieron algo y es de noche
Yo navego perdido entre la soledad que me dejaron.

Y como no hice nada,
Miro en la oscuridad hacia tantas ausencias
*que paulatinamente me han convertido en sombra.*¹⁰

Pero Neruda reconoce en sus versos que «de tanta nada que saqué // de la nada, de la nada mía, // tomaron algo y les sirvió mi vida»; ¹¹ es decir, que desde esa sombra, desde la nocturnidad es como verdaderamente presta un servicio a los trabajadores del mundo, «porque sentí que de

⁸ «El hijo de la luna» de *Las manos del día* en *Antología poética* (2), op.cit. pp.454-455

⁹ «Cerca de los cuchillos» en op.cit. p. 455.

¹⁰ «Ausentes», en *Las manos del día*, op.cit. p.454.

¹¹ «Destinos». Op.cit.

alguna manera // compartí lo que hacían». Su trabajo es creación y comporta una utilidad diversa. En esta última etapa Neruda resalta, pues, la especificidad del trabajo poético, mitifica la creación poética, retractándose de etapas anteriores; redescubre la soledad del poeta como espacio de la creación.

El marco del Canto al océano: «Canto general»

Como ya hemos mencionado en las líneas precedentes el Canto XIV. «El gran Océano» pertenece a su gran obra: *Canto General* (1950). En 1940, durante su estancia en México, Neruda inicia su proyecto de escribir un canto «general» de Chile: el objetivo que persigue es redescubrir la patria en su historia, geografía, naturaleza y gentes. Busca la vinculación íntima entre el hombre de un tiempo pretérito y el hombre actual. Esta obra constituye el nivel más alto de la creación nerudiana, junto a las *Residencias*. Se redacta el libro en unos años agitados, no sólo por los diversos viajes del poeta, sino fundamentalmente por sus implicaciones políticas. A causa de su «Carta íntima a millones de hombres» publicada en *El Nacional* de Caracas, el presidente de Chile, González Videla, inicia un juicio político en su contra. En una sesión del Senado, Pablo Neruda pronuncia su discurso «Yo acuso» —con ecos del que fuera pronunciado por Zola a finales del s. XIX— y los Tribunales de Justicia ordenan su detención. El poeta logró salir del país con una cédula falsa hacia Argentina.¹²

El *Canto General* abre una nueva etapa en la poesía de Neruda. Pretende hacer un poema del hombre y para el hombre, con carácter de actualidad periodística; un poema cíclico, imagen de la vida. El libro, compuesto por quince cantos, se divide en dos partes de siete secciones cada una, unidas por la sección central, la VIII: «La tierra se llama Juan» en la que el pueblo americano se erige en el auténtico protagonista del libro.

¹² «El largo tiempo de vida ilegal y difícil, provocada por acontecimientos políticos que turbaron y conmovieron profundamente a nuestro país, sirvió para que nuevamente volviera a mi antigua idea de un poema cíclico. Por entonces tenía ya escrito «Alturas de Macchu Picchu». En la soledad y aislamiento en que vivía y asistido por el propósito de dar una gran unidad al mundo que yo quería expresar, escribí mi libro más ferviente y más vasto: *Canto general*. Este libro fue la coronación de mi tentativa ambiciosa. Es extenso como un buen fragmento del tiempo y en él hay sombra y luz a la vez, porque yo me proponía que abarcara el espacio mayor en que se mueven, crean, trabajan y perecen las vidas y los pueblos» en «Algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos» en revista *Mapocho*, 1964, Chile, recogido en *Pablo Neruda por las costas del mundo*, pag. 274.

La primera parte se rige por un criterio histórico-lineal, mientras que la segunda se presenta más heterogénea y sectaria. Incluye dos cantos autobiográficos: X. «El fugitivo» y XV. «Yo soy» que cierra el libro. Atendiendo a su carácter cíclico, observamos cómo la obra comienza por una cosmogonía telúrica (*La lámpara en la tierra*) y concluye por una acuática (*El Gran océano*). Ésta última será nuestro objeto de análisis.

Las voces de «El Gran Océano»

En este canto XIV, penúltima sección del *Canto general*, el poeta rinde homenaje al mar. Junto con la emblemática y famosa segunda sección del libro, «Alturas de Macchu Picchu», constituye la mayor expresión lírica de la obra, una verdadera sinfonía marítima. Los poemas que la integran —24 en total— son momentos que van desarrollando en el tiempo o desplegando en el espacio el tema elegido: el océano y sus secretos. El yo existencial («Los peces y el ahogado», «La muerte», «A una estatua de proa», «El hombre en la nave», «Los enigmas», «Phalacrocorax», «La noche marina») se alterna en el Canto con el yo étnico («Los hombres y las islas», «Rapa Nui», «Los constructores de estatuas», «Los oceánicos») y el yo social («Los hijos de la costa», «Los puertos», «Los navíos», «Las aves maltratadas»), a la vez que se erigen en protagonistas otros elementos en estrecha vinculación con el mundo marino: los habitantes de las islas, los peces, las aves, las piedras de las playas y acantilados, las conchas marinas. Con todos ellos el poeta pretende establecer un diálogo, o más bien una comunicación unidireccional, pues el receptor aparece pasivo, contemplado, incapaz de responder.

El poema «El gran océano» (incluido en el «apéndice») abre el Canto y le da título. Puede ser considerado como un prólogo de los poemas que le siguen; una carta lírica de presentación de toda la sección, donde se combinan los elementos naturales del mar: sus secretos, sus vidas. En él se condensan todas las lecciones que el mar le enseña al poeta, las llamadas, las «voces» del Océano que escucharemos desplegadas a lo largo de los veinticuatro poemas tal y como las escuchó Neruda. Así pues, todo este Canto XIV ofrece al lector una estructura de «núcleo y expansión». A esto se une la visión del Canto como un arco completo de la luz a las tinieblas, de la génesis a la noche (II. «Los nacimientos»- XIV. «Noche marina»). Todo el Canto queda estructurado como un proceso de penetración en este elemento magnificado de la Naturaleza hasta llegar a la

identificación con él en el último de los poemas, «Noche marina», broche perfecto para la sección.

Aunque es evidente que se trata de un canto epopéyico al océano — sólo el epíteto del título es ya indicador de la magnificación y divinización que va a realizar de este elemento de la Naturaleza— en el fondo no se aleja del todo del tema central de *Canto General*. El tema social americano aflora en varias ocasiones, tanto en menciones aisladas como en poemas completos. Recordemos cómo al describir los puertos del país («Los puertos») llega hasta el de Pisagua, aludiendo en sus versos al significado que adquirió a partir del gobierno de González Videla:

*En tu cárcel de piedra y soledades
Se pretendió aplastar la planta humana [...] y en las desnudas grietas ofendidas
está la historia como un monumento
golpeado por la espuma solitaria.
Pisagua, en el vacío de tus cumbres,
en la furiosa soledad, la fuerza
De la verdad del hombre se levanta
Como un desnudo y noble monumento.*

Asimismo, en el poema dedicado a la Isla de Pascua («Rapa Nui») aparece el motivo de la destrucción de la vida pacífica de los nativos con la llegada de la moderna civilización. El mundo idílico y armónico de los primeros habitantes de América fue aniquilado por las mismas fuerzas del mal que la aniquilan ahora. También hay denuncia social en «Los hijos de la costa», dedicado a los pescadores. Por consiguiente, no podemos considerar *El gran océano* como un mero paréntesis lírico en la obra.

Para Pablo Neruda el océano es un texto, posee un sentido. Reconoce que la contemplación del mar le es necesaria porque le enseña.

*Necesito del mar porque me enseña:
No sé si aprendo música o conciencia:
No sé si es ola sola o ser profundo
O sólo ronca voz o deslumbrante
Suposición de peces y navíos.
El hecho es que hasta cuando estoy dormido*

*De algún modo magnético círculo
En la universalidad del oleaje.*¹³

Es más, el océano se presenta como la Historia: inagotable. Ambos basan su eternidad en el movimiento. En el poema que cierra el Canto, «Noche marina», se percibe con mayor nitidez esta unión entre contemplación oceánica y praxis histórica, este ensamblaje entre lo poético y lo histórico, sobre todo en los últimos versos:

*Quiero tener tu frente simultánea,
Abrirla en mi interior para nacer
En todas tus orillas, ir ahora
Con todos los secretos respirados,
Con tus oscuras líneas resguardadas*

*En mí como la sangre o las banderas,
Llevando estas secretas proporciones
Al mar de cada día, a los combates
Que en cada puerta —amores y amenazas—
Viven dormidos.*

I. EL MAR COMO LUGAR DE ETERNIDAD Y MOVIMIENTO

Lo que le fascina a Neruda del océano es su eterna permanencia, su perpetuidad en el tiempo, «el reposo distante», «el central volumen de la fuerza», «la potencia extendida de las aguas», «la inmóvil soledad llena de vidas» («El gran océano»), «eternidad en movimiento» («Las piedras de la orilla»), frente a la fugacidad de la vida que palpa a cada instante. Éstas son dos ideas recurrentes en su trayectoria poética. El tema del tiempo y la búsqueda de infinito está ya presente en uno de sus primeros escritos: *Tentativa del hombre infinito* (1926). En sus viajes en barco, en su condición de pasajero, volverá a reflexionar sobre el mismo pensamiento, jugando con el lenguaje: «Todos vamos pasando y el tiempo con nosotros // [...] y ustedes y nosotros pasamos, pasajeros».¹⁴

¹³ «El mar» en *Memorial de Isla Negra*. III. *El fuego cruel*

¹⁴ «El barco» de *Navegaciones y regresos en Antología poética* (2). Op.cit. p.369.

La misma idea se repite en un poema del Canto XIV: «El hombre en la nave», en el cual Neruda pone de nuevo en evidencia la eternidad marina contrastándola con la limitación de la existencia humana:

*Toda piedra oceánica es océano, la mínima
Cintura ultravioleta de la medusa, el cielo
Con todo su vacío constelado, la luna
Tiene mar abolido en sus espectros:
Pero el hombre cierra sus ojos, muerde un poco
Sus pasos, amenaza su corazón pequeño,
Y solloza y araña la noche con sus uñas,
Buscando tierra, haciéndose gusanos.
[...]
Es orgullo de arcilla que morirá en el cántaro,
Quebrándose, apartando las gotas que cantaron,
Amarrando a la tierra su indecisa costura.*

Esta imagen del mar como eternidad, permanencia, infinitud, apunta ya en escritos anteriores, por ejemplo, en los poemas en prosa de *Anillos* (1926), en «Imperial del Sur»:

«Las resonancias del mar atajan contra la hoja del cielo; fulgurece de pronto la espada verde; revienta en violentos abanicos; se retira; recomienza; campanas de olas azules despliegan y acosan la costa solitaria; la gimnasia del mar desespera el sentido de los pájaros en viaje y amedrenta el corazón de las mujeres. ¡Oh mar océano, vacilación de aguas sombrías, ida y regreso de los movimientos incalculables, el viajero se para en tu orilla de piedra destruyéndose, y levanta su sangre hasta su sensación infinita!

Él está tendido al lado de tu espectáculo, y tus sales y sus transparencias alzan encima de su frente; tus coros cruzas la anchura de sus ojos, tu soledad le golpea el corazón y adentro de él tus llamamientos se sacuden como los peces desesperados en la red que levantan los pescadores. [...]

Voluntad misteriosa, insistente multitud del mar, jauría condenada al planeta, algo hay en ti más oscuro que la noche, más profundo que el tiempo. Acosas los amarillos días, las tardes de aire, estrellas contra los largos inviernos de la costa, fatigas entre acantilados y bahías, golpeas tu locura de aguas contra la orilla infranqueable, oh mar océano de los inmensos vientos verdes y la ruidosa vastedad».

Después, en el poema «El reloj caído en el mar» de *Residencia en la tierra* (1933) el poeta plantea una reflexión sobre el paso de tiempo a través del objeto que nos sirve para medirlo: el reloj, opuesto al mar que lo recibe (eternidad, infinito). El mar ya aparece aquí como vertedero y generador de vida; pero pesa mucho la visión negativa, existencialista, superada después en «El gran océano». El mar es contemplado como un lugar donde todo confluye, lugar de depósito y defunción. Elemento devorador, en este caso del tiempo. Significa la muerte.

*Es un día de domingo detenido en el mar,
Un día como un buque sumergido,
Una gota de tiempo que asaltan las escamas
Ferozmente vestidas de humedad transparente.*

*Hay meses seriamente acumulados en una vestidura
Que queremos oler llorando con los ojos cerrados,
Y hay años en un solo ciego signo del agua
Depositada y verde,
Hay la edad que los dedos ni la luz apresaron,
Mucho más estimable que un abanico roto,
Mucho más silenciosa que un pie desenterrado,
Hay la nupcial edad de los días disueltos
En una triste tumba que los peces recorren.
[...]
El reloj que en el campo se tendió sobre el musgo
Y golpeó una cadera con su eléctrica forma
Corre desvencijado y herido bajo el agua temible
Que ondula palpitando de corrientes centrales.*

«Es un día de domingo vertido en el mar» equivale a decir: el tiempo se ha detenido, el primer día de la semana tiene un valor de arranque de tiempo y a la vez de eternidad: «buque sumergido», «gota del tiempo». El tema de la fugacidad de la vida que aparece asociado al mar: eternidad. «Hay la edad que ni los dedos ni la luz apresaron». En el enfrentamiento reloj / mar (tiempo // eternidad) la victoria es para el mar, frente al «herido» y «desvencijado» reloj.

El mar es visto, además, como lugar de soledad donde el poeta descarga su angustia existencial, sentimiento recurrente en esta primera eta-

pa de las «Residencias». Esta línea de expresión, menos metafórica y más desgarradora por el tono confesional que adquiere el yo poético, aparece en otro poema del libro: «El sur del océano», con ecos posteriores en *Memorial de Isla Negra*.¹⁵

*Sólo quiero morder tus costas y morirme,
Sólo quiero mirar la boca de las piedras
Por donde los secretos salen llenos de espuma.*

*Es una región sola, ya he hablado
De esta región tan sola,
Donde la tierra está llena de océano,
Y no hay nadie sino unas huellas de caballo,
No hay nadie sino el viento, no hay nadie
Sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,
Nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.*

Pero en el Canto XIV *El gran océano*, el mar ya no es, como en la época de *Residencia en la tierra*, un simple soporte para la meditación sobre el tiempo. Ya no es exclusivamente, como en el poema anterior, esa fosa donde se acumulan los deshechos de un mundo desintegrado. Si la vida presenta el rostro de la muerte en alguno de los poemas de este Canto no es por el efecto de la angustia, como lo era en la primera etapa poética, sino porque desde ahora el poeta reconoce en el océano «el agua madre» (“Los nacimientos), «la madre materia» (ibid.), «la eterna maternidad del agua» («El hombre en la nave») el lugar donde coinciden la vida y la muerte en el origen: el lugar de las génesis («Los nacimientos»).

En estos versos del Canto, además, Pablo Neruda pone de manifiesto su particular «descubrimiento»: en el océano se produce una dialéctica de contrarios (permanencia / movimiento), una confusión entre las dos dimensiones antagónicas de la existencia (vida / muerte). Esa perpetuidad del océano le viene dada por su propio movimiento.

*La ola de que desprendes
arco de identidad, pluma estrellada
cuando se despeñó fue sólo espuma,*

¹⁵ Cf. «Soliloquio en las olas», op.cit. III. El fuego cruel.

y regresó a nacer sin consumirse.¹⁶

La frontera es sutil. La muerte, «la gran ola, inmensa mano verde que, alta y amenazadora, sube como una torre de venganza barriendo la vida que quedaba a su alcance»¹⁷ parece haber integrado su elemento contrario: la génesis, el origen. La dialéctica se ha superado felizmente. Y así sucede que el lugar de las génesis, del origen, es el propio movimiento del mar, «eternidad en movimiento» («Las piedras de la orilla»). Aquí reside su perpetua renovación, como el fuego que al arder nunca se consume.

*Tu energía parece resbalar sin ser gastada,
Parece regresar a su reposo.
[...]
Toda tu fuerza vuelve a ser origen.¹⁸*

Más adelante, en el poema «La ola» encontramos la expresión del mismo concepto: Los baluartes del agua se doblaron // *y el mar desmoronó sin derramarse // su torre de cristal y escalofrió.*

En su seno profundo se renueva, además, la vida, —añade en «Los peces y el ahogado»—:

*En la mínima gota de la vida
Aguarda una indecisa primavera
Que cerrará con su sistema inmóvil
Lo que tembló al caer en el vacío.*

En esa fugacidad de la ola, «potencia pura del océano», «torre de cristal» «baluarte del agua», que «viene del fondo, con raíces // hijas del firmamento sumergido»¹⁹ el océano basa su energía, su perpetuidad, paradójicamente.

*es la unidad del mar que se construye:
la columna del mar que se levanta:
todos sus nacimientos y derrotas.*

¹⁶ «El gran océano».

¹⁷ En «Me llamo Crusoe» de Pablo Neruda. *Por las costas del mundo*, op.cit. p.48.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ «La ola». Canto XIV.

A partir de este descubrimiento del mar estático, eterno, Neruda admite que cambió su vida y, desde aquel momento, sólo deseó identificarse con él, como repite también en los versos de *Memorial de Isla Negra* (1964):

*Parece poco para el hombre joven
Que allí llegó a vivir con sus incendios,
Y sin embargo el pulso que subía
Y bajaba a su abismo,
El frío del azul que crepitaba,
El desmoronamiento de la estrella,
El tierno desplegarse de la ola
Despilfarrando nieve con la espuma,*

El poder quieto, allí determinado

*Como un trono de piedra en lo profundo,
Sustituyó el recinto en que creían
Tristeza terca, amontonando olvido,
Y cambió bruscamente mi existencia:
Di mi adhesión al puro movimiento.²⁰*

Esta voz de «eternidad marina» es presentada también con la imagen del fuego: es el mar que quema las entrañas y no se extingue, la «totalidad abrasadora», «fuego que no muere» («Los oceánicos»), que lanza «llamaradas», «ardiendo sin consumirse» («Antártica»). Ya desde su génesis, el océano surgió como una «gota ardiendo»:

*Cuando se trasmularon las estrellas
En tierra y metal, cuando apagaron
La energía y volcada fue la copa
De auroras y carbones, sumergida
La hoguera en sus moradas,
El mar cayó como una gota ardiendo
De distancia en distancia, de hora en hora:
Su fuego azul se convirtió en esfera,[...]
El mar llenó de sal y mordeduras*

²⁰ «El mar» en III. *El fuego cruel*.

*Su magnitud, pobló de llamaradas
Y movimientos la extensión del día,
Creó la tierra y desató la espuma [...]*²¹

La ola se encarga de expulsar del océano «todas las ramas que no arrieron». ²² El poeta, ante este espectáculo, se siente fascinado y atraído: «y tu raído corazón me llama / como increíble fuego que no muere». ²³

II. EL MAR COMO REFUGIO CONTRA LA FUGACIDAD DE LA EXISTENCIA HUMANA

«La vida del hombre es como la existencia de un día: el polvo tiembla al paso de la luz central, la vegetación acumula su misterioso alimento hecho de atmósfera y de profundidad, pasan cantos de niños, de borrachos, de enterradores, suenan las cocinas del mundo, transportan los heridos por el mar, por interminables trenes, las máquinas de escribir, las prensas, [...] desapareciendo, como un pequeño ciclista en un largo camino, y no queda sino motores van hundiéndose en un crepúsculo de donde el día va la noche permanente, las infinitas estrellas, la soledad inmensa». ²⁴

El sujeto poético hablante ya había aludido a ella en «El hombre y la nave», pero termina sus versos con una invitación apremiante, una exhortación al navegante de los mares a refugiarse en el mar eterno, «unidad pura que no selló la muerte», ²⁵ en el regazo maternal del océano: No busques en el mar esta muerte, no esperes

*Territorio, no guardes el puñado de polvo
Para integrarlo intacto y entregarlo a la tierra.
Entrégalo a estos labios infinitos que cantan,
Dónalos a este coro de movimiento y mundo,
Destruyete en la eterna maternidad del agua.* ²⁶

²¹ *ibid.*

²² «La ola»

²³ «Los oceánicos»

²⁴ *Viajes*, 1955, en *Pablo Neruda. Por las costas del mundo*, op. cit. 17.

²⁵ «El gran océano».

²⁶ «El hombre en la nave» en *El gran océano*.

La limitación de los seres procedentes del mundo de la medida, la finitud humana, es la característica de la que se sirve el poeta para subrayar la infinitud del océano, «estrella interminable», «perpetuo viento azul que derribaba los límites abruptos de los seres» («Los nacimientos»). Limitación experimentada por el propio poeta en sus viajes marítimos, cuando desaparecen las referencias que le permitían situarse frente a las distancias. Y es esta limitación la que le impide desentrañar los secretos del océano, sus enigmas, que sólo el océano sabe como bien advierte Neruda —«Yo os quiero decir que esto lo sabe el mar»—, mientras el poeta humildemente reconoce que:

*Yo no soy sino la red vacía que adelanta
ojos humanos, muertos en aquellas tinieblas,
dedos acostumbrados al triángulo, medidas
de un tímido hemisferio de naranja.*²⁷

Un segundo elemento de refuerzo de esta «voz oceánica» de eternidad en el Canto es el símbolo de la piedra, materializado en las misteriosas estatuas de piedra de la Isla de Pascua evocadas en los poemas «Rapa Nui» y «Los oceánicos», aunque en el poema inicial está ya recogido el símbolo: *Tu estatua está extendida más allá de las olas.*²⁸

La piedra es un objeto quieto en sí mismo, en su fina materia se acumula el tiempo. Y además, la piedra representa una lección de eternidad negada a la fragilidad del hombre. Las estatuas de piedra fueron erigidas por los primeros habitantes de la Isla a partir de la propia fugacidad humana, para expresar su deseo frustrado de continuidad, de perpetuarse en la historia. Hablan los oceánicos:

*Las estatuas son lo que fuimos, somos
Nosotros, nuestra frente que miraba las olas,
Nuestra materia a veces interrumpida, a veces
Continuaba en la piedra semejante a nosotros.*

Esta «fábula de piedra», esta «solitaria monarquía» perdura en el tiempo como testigo mudo de la historia.

²⁷ De «Los enigmas» en *El gran océano*.

²⁸ *Ibid.*

*Nada quieren decir, nada quisieron
Sino nacer con todo su volumen de arena,
Subsistir destinadas al tiempo silencioso.
[...]
Se van a consumir esta carne y la otra,
La flor perecerá tal vez, sin armadura,
Cuando estéril aurora, polvo reseco, un día
Venga la muerte al cinto de la isla orgullosa,
Y tú, estatua, hija del hombre, quedarás
Mirando con los ojos vacíos que subieron
Desde una mano y otra de inmortales ausentes.
[...]
Así nacieron, fueron vidas que labraron
Su propia celda dura, su panal en la piedra.
Y esta mirada tiene más arena que el tiempo,
Más silencio que toda la muerte en su colmena.²⁹*

En *Memorial de Isla Negra* Neruda nos descubre otra vinculación entre el mar y el tiempo; constituye el marco de su existencia:

*De mar a mar la vida
fue llenando
la soledad y convirtió en granero
mi conciencia vacía,
hasta que todo germinó conmigo
y el espacio entre mares,
mi edad entre las dos olas lejanas
se pobló, como un reino,
de cascabeles y padecimientos,
se llenó de banderas,
tuvo cosechas, ruinas,
heridas y batallas.
[...]
Y es tan inmóvil mi naturaleza
Que sólo en mí el tiempo transcurre
El tiempo transparente entre ola y ola.³⁰*

²⁹ «Los constructores de estatuas» en XIV. *El gran océano*.

III. EL MAR COMO LUGAR DE SOLEDAD Y SILENCIO

El poeta contempla el mar en silencio y se deja invadir por su abundancia: «colmas la curvatura del silencio».³¹

El gran océano es definido en el poema introductorio como «la inmóvil soledad llena de vidas». Dos atributos contradictorios: inmóvil (estático, permanente) y llena de vidas (movimiento, dinamismo), que se suman a la dialéctica de contrarios expresada en las líneas precedentes. De esta «furiosa soledad», «soledad sin tierra» como atributo marino se contagian los elementos que están en relación con él: las piedras de las orillas, «torres de soledades sacudidas» «piedras de soledad» («Las piedras de la orilla»), los hombres oceánicos, provenientes de «la remota soledad marina» («Los hombres y las islas»), los animales: las gaviotas «salpicadas en las soledades» («Los puertos»), la ballena que se refugia en la soledad del océano, presa de terror por el arpón del pescador («Leviathan»). Neruda elige como lugar emblemático de la soledad las tierras del Antártico:

*Reino del mediodía más severo
Arpa de hielo susurrada, ,inmóvil,
Cerca de las estrellas enemigas.³²*

Estas tierras deshabitadas y expuestas a las constantes embestidas de «la invasora soledad» marina, esconden bajo su desierto blanco la vida que nunca acaba, la eternidad, el océano infinito, «ardiendo sin consumirse // reservando el fuego para la primavera de la nieve».

En el último poema del Canto el poeta, identificado ya con el océano y su soledad como espacio propio para la creación, entabla un diálogo con la noche y desafía a ésta a cubrir «toda la soledad» marina.

IV. EL MAR Y LOS HOMBRES

Llegan al poeta desde el océano voces de hombres, dos tipos humanos en relación con el mar:

— el hombre nativo

³⁰ «Escrito en Sochi», *op.cit.*

³¹ «El gran océano».

³² «Antártica»

— el hombre pescador

Dos miradas muy diferentes, privilegiada para los primeros habitantes, los pioneros, los «oceánicos»; tremendamente triste para los segundos, para los que el mar se ha convertido en aliado de su propia explotación, sobre todo al sur del país: «Parias del mar, antárticos // perros azotados, // yaganes muertos sobre cuyos huesos // bailan los propietarios que pagaron // por tarifa los cuellos altaneros // cercenados a golpe de navaja».³³ Van a morir para siempre.

El hombre oceánico tiene el privilegio de haber estrenado tierra libremente y de fundirse con el mar eterno. Los pescadores, en cambio, los «nietos de Rapa» son «parias», desheredados de la vida, «piojos helados del océano», «codiciados y haraposos», «roñosos desheredados de la espuma».³⁴ Al pensar en el hombre de la costa explotado por su trabajo, en condiciones indignas, el mar para el poeta se vuelve gris³⁵, triste: «y el corazón del mar se hizo costura // se hizo bolsillo, yodo y agonía».³⁶ Van a morir, como todos, pero el final es diverso:

*No a la muerte del mar, con agua y luna,
Sino a los desquiciados agujeros
De la necrología, porque ahora
Si queréis olvidar, estáis perdidos.*

El aborígen, el oceánico viene de un mundo paradisiaco (Polinesia) y se dirige en su canoa a las costas de América.³⁷ Tiene, además, el privilegio de fundirse con el mar, de morir y perpetuarse en el tiempo:

*Y los pequeños reyes que levantan
Toda esta solitaria monarquía
Para la eternidad de las espumas,*

³³ «Los hijos de la costa»

³⁴ *ibid.*

³⁵ El poeta recuerda de uno de sus viajes la estampa de estos hombres explotados: «Allí, junto a la unión del Biobío o del océano, están las grandes minas de carbón. Cerca de treinta mil familias de mineros viven hacinadas bajo el destructivo clima de aquellas regiones. Las poblaciones de Lota y Coronel están junto a un mar sin alegría, al ronco mar gris de las costas australes de Chile. Una historia de lucha y de martirio cubre las vidas de los hombres, de los indomables héroes del carbón. Los he visto salir de la profundidad, tiznados y cansados, avanzando hacia sus arrabales inhumanos». De «El esplendor de la tierra» en *Viajes* (1955).

³⁶ «Los hijos de la costa»

³⁷ «Los hombres y las islas»

*Vuelven al mar en la noche invisible,
Vuelven a sus sarcófagos de sal.*³⁸

Se perpetúan, además, construyendo estatuas de piedra que desafían el tiempo de los seres humanos: «ellas tienen mi rostro // la grave soledad de mi patria, // la piel de Oceanía».³⁹

V. EL MAR Y SUS SECRETOS

El mar, eternidad, es un mundo oculto de elementos llenos de vida, «las vidas de la espuma» como señala el poeta en uno de los poemas de la sección. Esta imagen del océano como contenedor de vida viene reforzada desde el primer poema y en algunos otros del mismo Canto con el uso de metáforas relacionadas con el concepto «recipiente»: «copa acumulada de todo movimiento», «cavidad universal del agua», «cráter desollado», «vaso cerril», «copa sumergida», «copa de las vidas», «gruta de la vida». El mar sólo expulsa de su seno lo que carece de vida, «el relámpago de la escama», «todo lo que dejó de ser racimo».

¿Y cuáles son sus secretos? «tu sal», «tu miel», «tus pétalos», «tus cereales submarinos», «suaves ovas», «el relámpago de la escama» («El gran océano»). Es decir, toda la fauna y flora oceánica a la que irá dedicando los poemas que finalizan la sección: «Las aves maltratadas», «Leviathan», referido a la ballena, «Phalacro-Corax», «No sólo el albatros». De todos ellos, sin duda, destaca el poema «Mollusca gongorina», dedicado a los moluscos —de los que por cierto Neruda era un gran coleccionista⁴⁰— por su preciosismo barroco en el lenguaje que le asemeja, como apunta el calificativo, a Luis de Góngora.

Los peces son descritos frecuentemente con metáforas que resaltan la vertiginosidad de su movimiento: «relámpago muerto de la escama», «relámpagos de plata sumergida», «peces que cruzan como escalofríos», «blanca velocidad», «ciencias delgadas de la circulación».

Y llegamos al final del Canto, donde el poeta ha hecho propias las voces del océano, unificándolas en su ser. La descripción del océano magnificado y maravilloso adquiere su sentido general en el último poema, «Noche marina», cuando el poeta que habla en primera persona

³⁸ Rapa Nui»

³⁹ «Los constructores de estatuas»

⁴⁰ Cf. «El Malacólogo» en *Pablo Neruda. Por las costas del mundo*. Op.cit.

manifiesta su anhelo de identificación con el océano. Anhelo en un doble sentido: buscar una trascendencia existencial a través del renacer continuo del mar y el conocer más amplia y profundamente. El poeta se ha vuelto océano.

*Nocturno amor, seguí lo que elevabas,
 Tu eternidad, la torre temblorosa
 Que asume las estrellas, la medida
 De tu vacilación, las poblaciones
 Que levanta la espuma en tus costados:
 Estoy encadenado a tu garganta
 Y a los labios que rompes en la arena.*

Sus poderes los extrae de aquél cuyo mensaje ha descifrado frente al infinito marino, aquél cuyos «secretos ha respirado». A esos secretos que aludía ya desde el inicio. De manera que el Canto, con esta composición de cierre, presenta una unidad total, una línea de lo general a lo particular, un itinerario de progresivo descubrimiento de los secretos marinos hasta fundirse en el mismo océano.

* * *

Sirvan para concluir esta visión panorámica del Canto marino y esta particular «mirada oceánica» a los versos de Pablo Neruda, las propias palabras del poeta chileno, aprendiz perenne del océano, alzando la vista, una vez más, al inmenso Atlántico de regreso a Chile, «país oceánico»:

*Miro las pequeñas olas de un nuevo día en el Atlántico.
 El barco deja a cada costado de su proa una desgarradura blanca, azul
 y sulfúrica de aguas, espumas y abismos agitados.
 Son las puertas del océano que tiemblan.
 Por sobre ellas vuelan los diminutos peces voladores, de plata y transparencia.
 Regreso del destierro.
 Miro largamente las aguas. Sobre ellas navego hacia otras aguas: las
 olas atormentadas de mi patria.
 El cielo de un largo día cubre todo el océano.*

La noche llegará y con su sombra esconderá una vez más el gran palacio verde del misterio.

(“Oceanografía dispersa” en Confieso que he vivido)

BIBLIOGRAFÍA

- BELLINI, Giuseppe. *Viaje al corazón de Neruda*. Roma, 2000, Bulzoni Editore.
- NERUDA, Pablo. *Antología poética (2)*. Madrid, 1988, Alianza editorial. Prólogo y selección de Hernán Loyola.
- NERUDA, Pablo. *Canto general*. Madrid, 1997, Ed. Cátedra. Edición de E. Mario Santí.
- NERUDA, Pablo. *Memorial de Isla Negra*. Madrid, 1994, Editorial Visor. Edición de G. Bellini. Y la edición y notas de Hernán Loyola, Mondadori de bolsillo, 2004.
- NERUDA, Pablo. *Obras Completas*. Buenos Aires, 1968, editorial Losada, 2 vols.
- NERUDA, Pablo. *Pablo Neruda por las costas del mundo*. Prólogo, selección y referencias cronológicas por Jaime Quezada. Santiago de Chile, 1999. Editorial Andrés Bello.
- NERUDA, Pablo. *Residencia en la tierra*. Barcelona, 1989. Editorial Planeta.
- ROSALES, Luis. *La poesía de Neruda*. Madrid, 1978, Editora Nacional.
- ROVIRA SOLER, Jose Carlos. *Para leer a Pablo Neruda*. Madrid, 1991, ediciones Palas Atenea.
- SICARD, Alain. *El pensamiento poético de Pablo Neruda*. Madrid, 1981, editorial Gredos.
- TEITELVOIM, Volodia. *Biografía de Pablo Neruda*. Albacete, 2003, editorial Meran.
- VILLEGAS, Juan. *Estructuras míticas y arquetipos en Canto General*. Barcelona, 1976, editorial Planeta.

APÉNDICE

I. El gran océano

Si de tus dones y de tus destrucciones, Océano,
A mis manos
Pudiera destinar una medida, una fruta, un fermento,
Escogería tu reposo distante, las líneas de tu acero,
Tu extensión vigilada por el aire y la noche,
Y la energía de tu idioma blanco
Que destroza y derrumba tus columnas
En su propia pureza demolidas.

No es la última ola con su salado peso
La que tritura costas y produce
La paz de arena que rodea el mundo:
Es el central volumen de la fuerza,
La potencia extendida de las aguas,
La inmóvil soledad llena de vidas.
Tiempo, tal vez, o copa acumulada
De todo movimiento, unidad pura
Que no selló la muerte, verde víscera
De la totalidad abrasadora.

Del brazo sumergido que levanta una gota
No queda sino un beso de la sal. De los cuerpos
Del hombre en tus orillas una húmeda fragancia
De flor mojada permanece. Tu energía
Parece resbalar sin ser gastada,
Parece regresar a su reposo.

La ola que desprendes,
Arco de identidad, pluma estrellada,

Cuando se despeñó fue sólo espuma,
Y regresó a nacer sin consumirse.

Toda tu fuerza vuelve a ser origen.
Sólo entregas despojos triturados,
Cáscaras que apartó tu cargamento,
Lo que expulsó la acción de tu abundancia,
Todo lo que dejó de ser racimo.

Tu estatua está extendida más allá de las olas.

Viviente y ordenada como el pecho y el manto
De un solo ser y sus respiraciones,
En la materia de la luz izadas,
Llanuras levantadas por las olas,
Forman la piel desnuda del planeta.
Llenas tu propio ser con tu sustancia.
Colmas la curvatura del silencio.

Con tu sal y tu miel tiembla la copa,
La cavidad universal del agua,
Y nada falta en ti como en el cráter
Desollado, en el vaso cerril:
Cumbres vacías, cicatrices, señales
Que vigilan el aire mutilado.

Tus pétalos palpitan contra el mundo,
Tiemblan tus cereales submarinos,
Las suaves olas cuelgan su amenaza,
Navegan y pululan las escuelas,
Y sólo sube al hilo de las redes
El relámpago muerto de la escama,
Un milímetro herido en la distancia
De tus totalidades cristalinas.